



Municipalidad de Lima

Palabras del viento

Narraciones orales



7

Colección
Lima Lee



Leer es la base de la Cultura en toda sociedad. Educar a un niño es garantizar a un futuro ciudadano preparado, con valores y principios para afrontar la vida. Por ello nace esta colección de libros infantiles, que tiene como misión educar a los hombres del mañana a través de cuentos, historietas, fábulas, comics y teatro; donde se narran historias que no solo despertarán el interés por la lectura en nuestros niños, también les dejarán moralejas para sus vidas.

Me complace presentar esta colección de libros infantiles que ayudará al desarrollo intelectual y moral de nuestros estudiantes, con textos seleccionados de autores de prestigio, quienes ante el llamado de la Municipalidad de Lima apostaron por esta iniciativa que busca fortalecer la educación en nuestra ciudad.

El Programa Lima Lee del “Plan Municipal de Promoción del Libro y la Lectura 2016-2021” de la Municipalidad de Lima, tiene la satisfacción de entregar de manera gratuita estas publicaciones a los estudiantes de Lima, con la finalidad de fomentar el hábito de la lectura y la formación de valores.

Luis Castañeda Lossio
Alcalde de Lima

Palabras del viento

Narraciones orales

¡Lima Lee!



Palabras del viento
Municipalidad de Lima

Fábulas

© Julio Cabrejos
© Roberto Rosario Vidal
© Roberto Reyes Tarazona
© Luis Urteaga Cabrera

Cuentos populares

© Isabel Menéndez Ibárcena
© Mariella Chávez Rodríguez
© Carlos Garayar y Jéssica Rodríguez
© Juan y Víctor Ataucuri

Francisco Gavidia Arrascue
Gerente de Educación y Deportes

José Carlos Juárez Espejo
Subgerente de Educación

Alex Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Selección y edición: Rosalí León Ciliotta
Ilustración de portada e interiores: Daniel Maguiña Contreras

Diagramación: Yesebel Quintana Rondón
Coordinador editorial: José Juárez Zevallos

Equipo Lima Lee: Jakeline Alanya, David Aquije, Chrisel Arquiñigo, Leonardo Collas, Marlon Cruz, Jeem Hinostroza, Nery Laureano, Hilary Mariño, Alexandra Martínez, John Martínez, Williams Soto, César Vega, Carlos Villon.

Editado por:
Municipalidad de Lima
Jirón de la Unión 300 - Lima
www.munlima.gob.pe

Publicación de distribución gratuita
Prohibida su comercialización

Primera edición, noviembre 2017
Tiraje 8,000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2017-16418

Impreso por Editora - Imprenta Rios S.A.C.
Jr. Cactus Mza. Q Lote. 03 Urb. Entel Perú - San Juan de Miraflores - Lima

Presentación

Cuatro fábulas y cuatro cuentos populares le dan vida a *Palabras del viento*, un libro que contiene enseñanzas en cada una de sus historias. Animales y personajes históricos son los protagonistas de las aventuras contadas.

Estos ocho textos, ambientados en diferentes regiones, expresan las creencias que se tienen en sus pueblos, y los orígenes de algunos de ellos.

Todas las historias tienen un valor insertado entre sus líneas, como la honestidad, el respeto, la solidaridad, el amor y la confianza.

Agradecemos a los autores que colaboraron en esta colección y ayudan a promover la lectura en nuestros estudiantes. Sin su apoyo no hubiera sido posible hacer realidad este proyecto.

Fábulas

El chanchito del diente de oro

Julio Cabrejos

(Lima, 1975)

La historia de Pequito es similar a la de cualquier niño que recién cumplía los 7 años. A esa edad salía a la calle en todo momento para jugar a las escondidas con los chicos de su barrio, o a la pelota.

Cada vez que se apoderaba del balón, decía que era el gran Cristiano Ronaldo e imitaba los movimientos de su ídolo. Cabecita, patadita y taquito, ¡era un espectáculo verlo dominar el balón!

Su mamá le había regalado un polo blanco con el número 7 que había bordado en la espalda, número con el que Cristiano juega en el equipo del Real Madrid. Él siempre soñaba con que le dieran un gran pase para meter un gol de chalaquita.

Tenía las piernas delgadas como las de una jirafa, mejillas flacas y ojos vivaces. Su rostro resaltaba por la cantidad de pequitas que había heredado de su abuelita Lucinda. El peinado dejaba ver un mechón que terminaba en punta. Las zapatillas gastadas, el short azul con grandes bolsillos a los costados y el chaleco negro sobre su polo blanco, eran su ropa favorita.

Pero cuando Pequito no estaba jugando, ayudaba a su mamá y a sus hermanos más pequeños vendiendo golosinas, pues su papá había fallecido cuando él era un bebé, y alguien tenía que llevar un pan a la mesa de su casa.

Todos los días salía muy temprano con sus caramelos chiclosos cubiertos de chocolate y se dirigía a la gran Lima a vender con su infaltable bolsito artesanal que mamá le había tejido.

Se levantaba cansado y somnoliento; caminar por las inmensas calles de Lima no es tarea fácil. Había que vender una a una las golosinas. Temprano, su madre le servía el desayuno: una taza de té y dos panes con mantequilla en una buena época; otras veces le tocaba un pan y nada de relleno. Se cambiaba, se lavaba la cara, se ponía su bolsito artesanal al hombro y salía disparado al paradero a tomar el bus que lo llevaría al centro de la ciudad.

Cuando era invierno y las personas pasaban con las manos en los bolsillos, parecía como si les diera frío sacarlas de allí, y por eso no compraban ni una golosina. Por eso Pequito prefería el verano; las personas tenían otro semblante y a la hora del almuerzo ya casi había vendido toda la bolsa. Solo era cuestión de que pasara una hora más para completar su faena e irse a casa feliz a jugar con los chicos de su barrio un partido de fulbito, a ensayar nuevas técnicas y movimientos de dominio de la pelota.

Pero eran tiempos difíciles, él lo sabía; no era el frío lo que impedía que la gente sacara las manos de los bolsillos, sino que las mismas personas estaban con poco

dinero. Había que luchar con los otros chicos que eran su competencia, tenía que inventarse nuevas zonas de venta, lugares desconocidos y peligrosos para poder vender la bolsa de dulces.

Había días en que la angustia por no vender ni un caramelo chicloso lo mantenía tan tenso, que cada sonido del claxon de los autos era como un trueno que retumbaba en su cabeza hasta dejarlo exhausto.

En esos momentos se refugiaba en su imaginación. Recorría cada calle, cada parque, cada edificio, cada avenida... y cuando tenía un instante reposaba en un acantilado frente al mar. Era su lugar preferido. Pisar el pasto era como recorrer las nubes; echado con los brazos extendidos, miraba el inmenso cielo gris. Las gaviotas pasaban rápidamente ante sus ojos, chillando sin parar. Sacaba siempre de su bolso su libro de geografía y lo repasaba atentamente. El tiempo se detenía por un instante para sumirlo en la fantasía más grandiosa, y se dejaba llevar por los seres fantásticos que inventaba en su cabeza. Sobrevolaba aves marinas y viajaba por los cinco continentes para bajar y explorar el inmenso manto verde que cubre el África, montado en un tigre que saltaba de cerro en cerro hasta dejarlo en la ciudad.

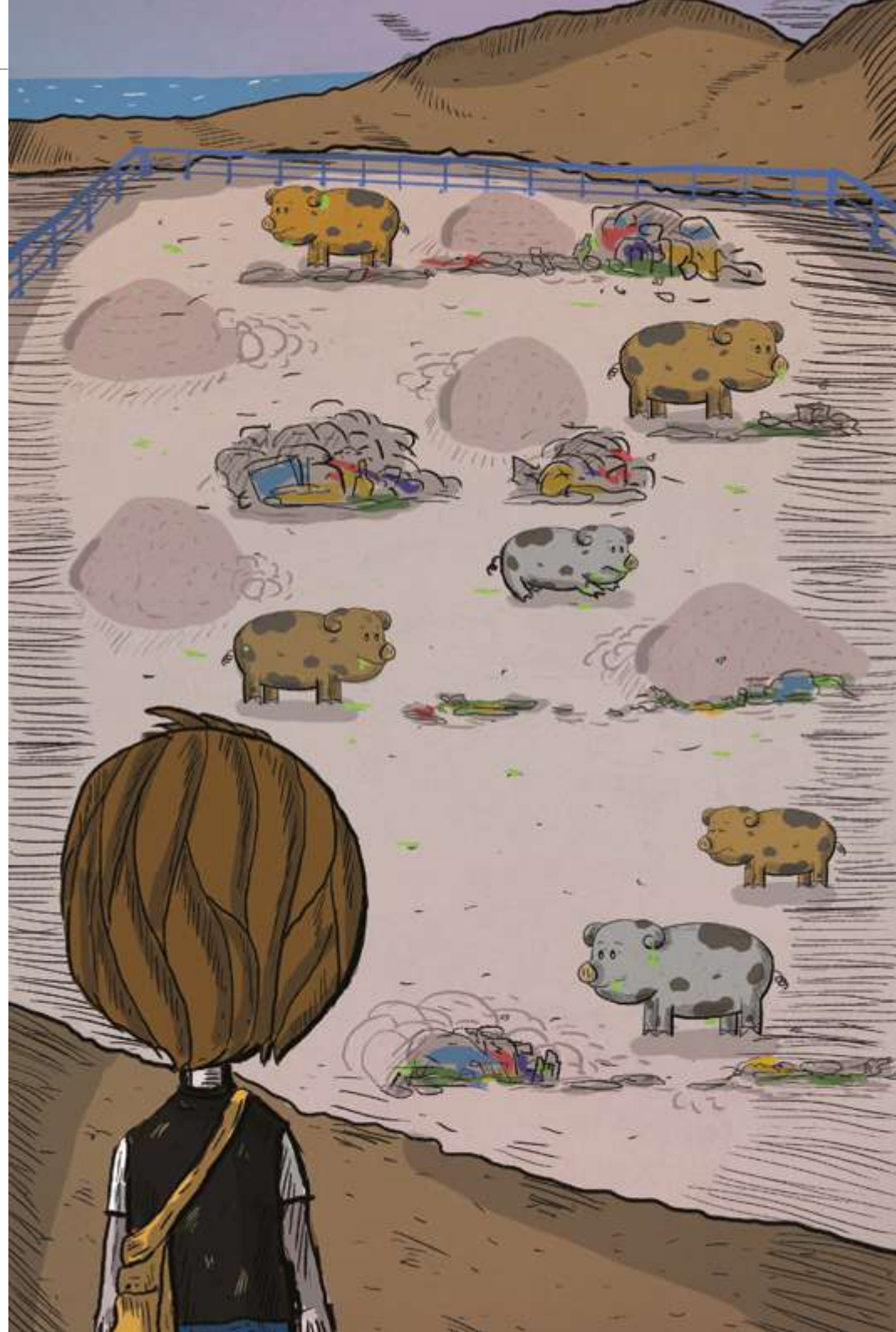
Los días fríos parecían de nunca acabar y las caminatas se hacían cada vez más pesadas. Él deseaba meter las manos a los bolsillos, pero en el único lugar donde las metía era en el bolsito artesanal.

Había caminado durante dos horas ese día por todo el malecón de Miraflores; sin embargo, el bolsito seguía lleno y solo había vendido unos cuantos dulces.

El frío aceleraba las ganas de comer algo caliente y la hora del almuerzo estaba próxima a llegar. Pequito se había alejado del lugar donde habitualmente comía, así que decidió aguantar el hambre un poco más y caminar por la playa. Hacía tiempo que no jugaba con la arena y la espuma del mar, pero una gran sorpresa y tristeza lo embargó: la arena se había transformado en varios montículos de desperdicios, y lo que era espuma blanca tenía ahora el color marrón de la suciedad del basural. Quedó atrapado en la inmundicia e intentó dirigirse hacia el descampado para respirar el poco aire puro que había. Fue en ese momento que se percató de un cerco que rodeaba un criadero de chanchos.

No lo podía creer, se estaban alimentando de la cochinado que diariamente dejaban los basureros de la zona. Se acercó lentamente y vio chanchos de todos los tamaños y colores; la mayoría eran marrones con manchas negras, y otros negros con manchas blancas; en otro lado había chanchos totalmente negros. Pero todos tenían una característica: estaban enfermos, sucios y descuidados. A los criadores no les importaba su salud; solo les importaba engordarlos para su venta. A Pequito le causó mucha pena ver a los pobres cerditos en esas condiciones. Agazapado, sin que lo vieran los cuidadores, se acercó aún más para observar. Apoyado en la cerca, se quedó mirándolos atenta y pacientemente.

Fue entonces que escuchó una voz ronca que lo sacó de su distracción porque le pedía auxilio. Pequito se asustó



y quiso alejarse, pero la voz sonaba más fuerte e invocaba ayuda.

Trepó entonces la cerca con gran esfuerzo, y mirando hacia abajo, abrió sus grandes ojos y vio a un chanchito joven que estaba echado con el hocico mocososo y mirada cansina.

—¿Tú me estabas llamando? —preguntó Pequito.

—¡Sí! —contestó el chanchito—. ¡Ayúdame, por favor!

Pequito no salía de su asombro: ¿cómo podía entender lo que el chanchito le estaba diciendo?

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó Pequito.

—Me duele la muela y no puedo comer, ¡el dolor es insoportable!

—¿Pero cómo pueden comer toda esta basura? ¡Debe tener un sabor horrible!

El chanchito, con una pequeña sonrisa, le dijo: —Algunas veces hallamos frutas dulces y vegetales frescos; yo solo busco esa comida, pero los demás comen cualquier cosa.

—¿Y no pueden hacer nada para salir de acá?

—¡No! Los hombres nos tienen bien vigilados.

—¿Y dónde están tus papás?

—¡No lo sé, me trajeron muy chiquito acá! ¡AUCH!
¡AUCH!

—¿Qué te pasa?

—¡Mi dolor de muela! —le dijo el chanchito.

Pequito se había olvidado de eso y le dijo: —¿Puedes abrir tu hocico? De repente puedo ver qué cosa tienes y te puedo ayudar...

El chanchito la abrió con dificultad, pero Pequito estaba muy lejos para ver adentro. Se aseguró de que los criadores no lo vieran y saltó la cerca. No podía respirar, el olor era terrible. Rápidamente, le pidió al chanchito que abriera la boca de nuevo antes de que se dieran cuenta de su presencia.

—Tienes una cosa brillante entre una de tus muelas. Hay que sacarla de allí para que te deje de molestar.

Pequito, con el coraje que lo caracterizaba, agarró de la quijada al chanchito que abrió el hocico lo más grande que pudo e introdujo su mano para sacarle el objeto dorado. El hocico del chanchito se abrió como la puerta de un castillo.

—¡INNKK! ¡INNKK! —parecía sonar.

Pequito no solo introdujo su mano sino que hasta su cuerpo fue atraído por una fuerza inexplicable, rebotando en la superficie, como una pelota. Quiso varias veces levantarse, pero era tumbado nuevamente por la inestabilidad del suelo. Estaba todo pegoteado por la baba que había en la lengua.

—¡Aguanta la respiración! ¡Aguanta la respiración! —
su voz sonó con el eco.

Con una mano se tapó la nariz y se fue acercando lentamente; tenía miedo de hacerle daño al cerdito. Pisaba con dificultad, sentía que el piso era una gelatina, y estaba totalmente oscuro, cuando una luz empezó a asomar. Se sentía como en el cuento de Pinocho, cuando se encontraba dentro de la gran ballena.

Pequito lentamente empezó a seguir la luz, que cada vez se hacía más intensa. A su paso se iba encontrando con objetos increíbles; ¿era una placa de carro lo que estaba allí? No salía de su asombro. A cada paso hallaba una nueva sorpresa.

“¿Un soldadito de plástico? ¿Una lata de leche? ¿Un libro? ¡Caramba! ¡Con razón le duelen las muelas!”, pensó.

Pequito respiraba con dificultad cuando llegó al objeto brillante. Lo cogió con las dos manos y tiró con fuerza hacia atrás, pues estaba atascado.

Luego escuchó un breve chillido. Y fue arrojado al piso gelatinoso, y se ensució la cara. Era el chanchito que se quejaba por el dolor.

“¡Tienes que resistir! ¡Tienes que resistir!”, se escuchaba el eco. Con todas sus fuerzas, Pequito jaló y jaló hasta arrancar de la muela el trozo luminoso y salió disparado de la boca. El chanchito recuperó el semblante y empezó a saltar y a emitir ruidos raros sin importarle que sus demás compañeros lo miraran extrañados.

—¿Cómo puede estar saltando de alegría con la comida que nos dan aquí? —se preguntaban los demás cerdos, curiosos.

En ese momento, los restos de comida le parecían comida de reyes. Pequito reía al ver la felicidad del chanchito del diente de oro, porque eso era lo que tenía entre sus manos, una pepita de oro de incalculable valor.

—¿Qué era lo que me causaba tanto dolor? ¡WUI! ¡WUI!

—Es este objeto brillante, que no sé exactamente que es. ¿Tú crees que tenga valor?

El chanchito, sorprendido por la pepita, se la obsequió.

—¡WUI! ¡WUI! A ti te hará más falta que a mí, ¡te la regalo! ¡Es poco en comparación con tu gran ayuda!

—Me gustaría sacarte de aquí; quizás me den algo por esto y te pueda comprar y llevarte a mi casa.

—No es necesario, acá está mi familia. Ellos son todo lo que tengo. ¡WUI! ¡WUI! ¡Aunque déjame decirte que un baño no les vendría mal! ¡WUI! ¡WUI! ¡Pero bueno! —dijo mientras se alejaba brincando—. ¡Nadie es perfecto! ¡WUI! ¡WUI! ¡WUI! ¡Solo prométeme que no le contarás a nadie!

Pequito le prometió que no lo haría mientras guardaba la pepita en su bolsito.

—¡Muy bien, amigo mío! ¡WUI! ¡WUI! —decía el chanchito mientras se alejaba feliz—. ¡Ojalá nos volvámos a ver!

—¡Adiós, chanchito! —dijo Pequito mientras agitaba su mano, contento por su buena acción.

De pronto, un vozarrón como salido de una áspera garganta lo devolvió a la realidad.

—¡Oye, muchacho! ¡Deja de molestar a los puercos que te daremos una paliza! —gritó uno de los cuidadores, mientras cogía un palo y caminaba hacia Pequito.

Quiso despedirse del chanchito, pero ya no lo vio más. Asustado, se fue corriendo. Al alejarse de la playa quiso sacar el objeto dorado que había puesto en su bolsito, pero grande fue su desilusión al no hallar nada. Le dio vuelta a su bolso para encontrar la pepita, pero esta ya no estaba allí.

“¿Se me habrá caído cuando me espantaron los cuidadores? ¡No creo! ¡Si la guardé bien y el bolso no tiene agujeros! ¡Qué extraño! ¡O quizá solo imaginé todo!”, pensó.

Pero no lo había imaginado. La pepita se había escondido entre las páginas de su libro de geografía; entre las páginas del mapa de Portugal: el país donde nació Cristiano.

Más tarde descubriría su premio, pero ahora se alejaba de la playa. Pensó en el lugar donde había estado y la alegría del chanchito porque ya no le dolían las muelas. Se detuvo y volteó a mirar la cerca, pero ya no había nada; solo la basura que ocultaba la belleza del inmenso mar.

Cabrejos, J. (2010). *Pequito, el aventurero*. Lima: Altazor.

El asháninca que atrapó una estrella

Roberto Rosario Vidal

(Callao, 1948)

Era marzo. El río estaba turbulento por las lluvias de la sierra. Desde las rocas, dos jóvenes ashánincas miraban los peces, ensayando atravesarlos con sus lanzas afiladas.

—¡Mira este dorado! —el mayor de los jóvenes levantó orgulloso su presa.

—¡Es enorme! —exclamó el más joven, acercándose para medirlo—. Debe ser el rey de los dorados. ¡Yo pescaré a la reina! —dijo, colocándose en un lugar estratégico.

Después de algunos intentos, ¡ZAS!, la lanza cortó la corriente de agua cristalina y atrapó su presa.

—¡Mira...! —En son de triunfo levantó una carachama, tan grande como el dorado que había pescado su amigo.

Entusiasmados por la exitosa pesca, no se dieron cuenta de que el sol ya se ocultaba. Siguieron acumulando sartas de pescados de una y otra especie, hasta que les dio la noche. Ya no era hora propicia para retornar a la aldea y se acomodaron para dormir debajo de un árbol muy grande.

—En la madrugada, retornaremos a la aldea —dijeron. De rato en rato los árboles barrían el cielo, impulsados por el viento, dejando divisar los astros lejanos.

—¿Cuál de las estrellas te gusta más? —preguntó el mayor de los ashánincas.

—A mí me gusta esa que está en el centro de la cruz —le contestó el muchacho.

—¿Y a ti?

—A mí siempre me ha gustado esa estrella brillante que a veces vence con su luz al sol.

Escuchando halagadas el diálogo de los jóvenes, las estrellas titilaron, guiñando sus ojos de luz. Los ashánincas seguían hablando de las estrellas.

—¡Qué suerte, la de las estrellas, para divisar desde las alturas, lanzar desde los aires flechas certeras, pasear la vista como las águilas por todo el universo!

—¿Y si fueran princesas, espíritus de los dioses? ¿Tú te casarías con alguna de ellas?

—Sí, con esa —dijo el más joven de los dos—. ¿Y tú?

—Aquella es la más bella.

Sin pensarlo dos veces, las estrellas escogidas bajaron del cielo y se posaron al lado de los jóvenes.



Los ashánincas miraron sorprendidos. ¿Esto es posible?, se preguntaban, dudando de lo que veían sus ojos, pero luego de unos minutos, el más joven, sin siquiera recoger la estrella que dijo amar, comentó:

—Está muy opaca.

La estrella de la cruz tembló como si una lanza de hielo atravesara su cuerpo. Palideció, y trastabillando, retornó al espacio azul, dejando una estela brillante con sus lágrimas.

En cambio, el mayor de los ashánincas, levantó con amor la estrella de sus sueños, y dándole un beso la guardó en su bolsa. Al día siguiente, camino a la aldea, iba mirando embelesado la estrella que siempre había amado.

Cuando llegaron a Pucayacu, su aldea, todavía no amanecía. El asháninca enamorado ingresó a su choza y se echó a dormir sobre un pellejo de venado. Estaba muy cansado.

Cuando despertó, grande sería su sorpresa al ver que la estrella luminosa se había convertido en una mujer de belleza incomparable. Su larga cabellera, dispersa como los rayos de luz de la estrella, formaba un círculo que cubría el piso de la choza.

—¿Tú eres mi estrella brillante? —preguntó el asháninca.

—Soy Sybis, tu estrella —contestó ella, y lo envolvió con sus brazos cálidos y todavía fulgurantes.

Así, el asháninca se casó con la mujer estrella, sellando la alianza entre el cielo y la tierra.

La tormenta

Roberto Reyes Tarazona

(Lima, 1947)

Un pastor notó en cierta oportunidad que entre su rebaño de alpacas se habían mezclado unas vicuñas. Su sorpresa se convirtió en alegría cuando al conducir su rebaño al corral, las vicuñas se plegaron al grupo. “Si con la lana de las alpacas saqué buen provecho, cuánto ganaré con la de las vicuñas”, pensaba entusiasmado.

Entonces, una furiosa tormenta se abatió sobre la región, pese a que apenas se iniciaba la época de lluvias. Los truenos y los rayos obligaron a todo ser viviente a buscar refugio. En contados minutos, los cerros se convirtieron en rampas desde donde se precipitaba lodo y piedras a raudales; las sementeras se convirtieron en lodazales y el río del valle creció tanto que arrastró el puente que comunicaba los pastizales con el pueblo más cercano.

El pastor buscó refugio de inmediato. Para su suerte, divisó una gruta ubicada en las faldas de un empinado cerro. Venciendo mil dificultades llegó a ella y se introdujo con sus animales a esperar que escampara.

Esa noche, debido a la fatiga y gracias al calor emanado por sus animales, entre quienes se acomodó, pudo dormir

sin sobresaltos. Ansiaba la llegada del amanecer para sorprender a su mujer con la buena nueva. Sin embargo, la tormenta solo concedió una pequeña tregua ya entrada la mañana.

En el valle, donde todos los árboles y plantas estaban siendo azotados por la fuerza del diluvio, flotaban masas de neblina; en el cielo, oscuros nubarrones amenazaban la precaria luminosidad del día. Esta situación fue como una brevísima tregua, pues la tormenta se precipitó de nuevo, produciendo una inagotable cortina de agua que impedía al pastor ver más allá del brinco de un perro. Lo más desesperante era que la situación no tenía visos de terminar.

Para remate, el hambre empezó a hacer presa de todos. El pastor, quien había dado cuenta por completo de su fiambre el día anterior, al ver a su ganado cada vez más inquieto, se arriesgó a salir, cubriéndose con unas pieles, para atender sus necesidades; sobre todo pensando en las vicuñas. Afuera, tal como temía, se producían inquietantes derrumbes, de manera que, poniendo los pies en el flojo y resbaloso suelo con infinitas precauciones, cortó toda la hierba que pudo de las inmediaciones de la cueva. Sin duda, para marcharse a casa necesitaba tener seco el terreno: solo así podría desandar el camino.

De vuelta en el refugio, entregó un puñadito de hierbas a las alpacas y a la llama, y una ración mucho mayor a las vicuñas.

En una de las intermitentes y breves treguas de la tormenta, las vicuñas salieron de la cueva y, confiadas en su

peso ligero y su agilidad, se arriesgaron a correr en dirección a la puna.

El pastor, a gritos, les reprochó el mal pago a sus cuidados y especial buen trato. Sin perder el paso, las vicuñas comentaban entre ellas:

—¡Bah! Creerá que somos tontas. Si a sus antiguas amigas las relegó por unas extrañas, qué no haría con nosotras si mañana apareciera alguna nueva forastera.

En cuanto aumentó el hambre hasta un punto crítico, el pastor, impedido de salir de la cueva pues el riesgo de derrumbes era cada vez peor, y amargado por lo que consideraba una traición de las vicuñas, decidió sacrificar a la llama.

Para no despertar el horror de las alpacas, decidió taparles los ojos y llevarlas al fondo de la cueva.

Las alpacas, que habían olido la sangre derramada de su infortunada compañera de corral y visto luego su piel mal escondida, intuían lo ocurrido. Sin embargo, cuando la más joven de todas las invitó a huir esa misma noche, todas presentaron objeciones.

Primero, pusieron en duda que la llama hubiera sido muerta por el hombre.

—¿Alguien ha sido testigo de su muerte? —dijo una alpaca de lana blanca—. ¿Acaso tú has visto lo ocurrido?



—¿Y para qué crees que nos taparon los ojos? —preguntó la alpaca joven.

—Tal vez fue para evitar que huyéramos.

—¡No puedo creer lo que escucho! Después de vendarnos, desaparece la llama y el hombre y sus perros comen carne hasta empacharse —argumentó, procurando calmarse la alpaca más joven—, y eso no es suficiente prueba.

—Pudo haber huido, como las vicuñas —replicó la otra.

—¿Y ese olor a sangre? ¿Y la piel marrón? —insistió casi escandalizada la joven.

—Pero... aun si eso fuera cierto, ¿qué podríamos hacer? ¿Huir? ¿Y si nos desbarrancamos? —intervino una alpaca de lana gris, procurando cambiar el tono de la conversación.

—Como la tormenta no puede durar mucho más, nada malo debemos temer ya —agregó la de lana blanca.

—Yo creo que con la barbaridad hecha por el hombre, ya tiene suficiente —apoyó una alpaca manchada—. Además, somos más valiosas para él vivas que muertas. ¿De quién, sino, va a sacar la lana que tanto necesita?

“Estúpidas”, dijo para sí la alpaca joven, convencida de la inutilidad de seguir discutiendo. “Estarían más cómodas con la venda en los ojos”, pensó. Aquí vendría bien el dicho que usan los hombres: cuando las trenzas de tu vecino veas cortar, pon las tuyas a remojar.

Cuando el hambre empezó a morderle las tripas de nuevo, porque la lluvia en vez de amainar parecía cada vez más fuerte, el pastor decidió sacrificar a una de las alpacas. La carne de la llama le había dado sustento solo por un día. Sin sal para curar la carne y sin fuego, desperdició la mayor parte del animal. Los más beneficiados fueron los perros.

Dudó mucho antes de dar este paso, no solo porque disminuiría su acopio de lana, tan apreciada por su mujer, sino porque le preocupaba la reacción del resto del rebaño. Mas, cuando ya no pudo soportar el hambre, procedió a dar cuenta de la más vieja de todas.

La alpaca más joven, que había encontrado la forma de levantarse la venda, vio horrorizada el sacrificio de la escogida. No pudiendo soportar más la situación, huyó de la cueva, con tan mala suerte que se desbarrancó. Había preferido correr el riesgo aun a costa de su vida, antes de esperar pasivamente su trágico destino a manos del hombre.

El pastor, viendo las desastrosas consecuencias de su actuación, recién cayó en la cuenta de que debió haber pedido auxilio con uno de los perros al pueblo más cercano. Pero grande fue su sorpresa cuando no encontró a ninguno. Se había quedado solo, sin posibilidades de ayuda. Y es que los perros, al ver lo sucedido, decidieron escapar de un amo capaz de sacrificar a quienes le eran tan útiles y le habían acompañado fielmente por años y años.

“Si eso pasó con la llama, una compañera tan abnegada, y está haciendo lo mismo con las alpacas, que le son tan útiles,

¿qué podemos esperar nosotros?”, se dijeron antes de huir de tan desatinado e inescrupuloso amo.

Cuando terminó la tormenta, el pastor salvó la vida pero nunca más pudo volver a poseer un rebaño de auquénidos. Corrida la voz de su comportamiento, todos huían de él a la menor oportunidad, pues la carencia de lealtad y de escrúpulos atenta contra la vida comunitaria y desencadena la permanente desconfianza.

Reyes Tarazona, R. (2016). *La tormenta. Fábulas, leyendas y relatos del mundo andino*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

El más fuerte del bosque

Luis Urteaga Cabrera

(Cajamarca, 1940)

El Jaguar Negro tiene la costumbre de meterse a todas partes sin pedir permiso, haciendo temblar a los moradores de los bosques por ser el más grande y fuerte de los bravos. Pero nunca se atreve a meterse al agua porque no sabe nadar y tiene miedo de ahogarse.

Una mañana que explora el bosque a la hora del desayuno buscando a quien clavarle sus garras y colmillos, se encuentra en la orilla de una laguna con la Tortuga, que se halla en busca de frutos para saciar el hambre.

El Jaguar Negro lleva un vestido oscuro, con un pañuelo blanco en el pecho, a la última moda del bosque. La Tortuga luce una bata color caoba, de diseño un poco anticuado, adornada con rombos y un bordado en el contorno.

Al divisar al Jaguar Negro, la Tortuga se apresura a saludarlo con una venia de bienvenida que encubre su temor, ya que conoce los malos hábitos de este caminante.

El Jaguar Negro no le contesta el saludo, porque piensa que para alguien de su importancia, sería rebajarse. Pero advierte los temblores de la Tortuga y, como está haciendo

la digestión de su última presa, le parece más interesante divertirse con ella que comérsela.

—Tortuga, uno de tus defectos es creerte la más fuerte del bosque —le dice—. Y quiero que me digas en mi cara si lo eres más que yo.

—Podría ser —sonríe la Tortuga. Y, para molestarlo más, agrega: en este mundo todo es posible.

—Entonces competiremos para salir de la duda —gruñe el Jaguar Negro con la voz tronante.

La Tortuga se da cuenta un poco tarde de que ha herido el orgullo de un carnívoro y está en un serio aprieto por no controlar su lengua. Como no puede desistir, no le queda más remedio que aceptar el desafío.

—Me parece bien —dice la Tortuga—. Pero que sea sin trampas, como animales honorables que somos.

—Yo no necesito hacer trampas para derrotar a mis adversarios —exclama el Jaguar Negro—. Y menos a una mequetrefe como tú.

El insulto del Jaguar Negro hace reír a la Tortuga; no se siente ofendida. Consideran varias propuestas que desechan por complicadas, y al final aceptan la del Jaguar Negro, que consiste en amarrarse con una sogá y jalar al adversario.

“Qué voy a poder jalarlo, si es tan grande y pesado”, se dice la Tortuga. “Si no encuentro una solución, estoy perdida”.

Mientras busca en todas partes una solución, descubre en la superficie del agua un estallido de burbujas y se pregunta quién puede ser el morador de la laguna que las produce. Quizá allí esté su respuesta.

—Para que la competencia resulte más emocionante, yo jalaré la sogá desde el agua y tú desde la tierra —propone la Tortuga, pensando que de repente esa pueda ser una ventaja, porque todos saben que el Jaguar Negro le teme al agua—. La señal para empezar a jalar es un tirón de la sogá.

Cada quien amarra la pata del otro con un extremo de la sogá para asegurarse de que no utilice algún engaño. Ocupan sus lugares, y el Jaguar Negro está atento a la señal acordada, con las garras clavadas en unas raíces y así prevenir las sorpresas.

Entretanto la Tortuga, que ya se encuentra dentro del agua, no sabe qué hacer. “Quién me manda a aceptar un desafío como este”, piensa, desesperada. “Lo único que puedo hacer es darme a la fuga ahora mismo; me desato la sogá y huyo buceando”, se dice. No encuentra otra forma de salvar la vida. Con la sogá aún amarrada a la pata, toma aire, se sumerge y bucea, buscando una vía que le permita huir.

El tiempo transcurre y el Jaguar Negro se impacienta porque no llega la señal acordada; quiere jalar la sogá de una vez.

En eso, la Tortuga descubre al Manatí durmiendo en el fondo de la laguna, con la cara sonriente a causa de sus dulces sueños. Las burbujas que vio hace un rato, salen de



su nariz. Al verlo, piensa: “Esta es mi oportunidad; si no la aprovecho, me irá muy mal”.

Con el plan en mente, consigue desatar la soga de su pata y la amarra a la cola del Manatí, con doble nudo para que no pueda soltarse. Un momento después, tira de la soga, que es la señal acordada, y se apura hacia una mata de algas, desde donde saca la cabeza para presenciar lo que se avecina.

Al sentir el tirón, el Jaguar Negro comienza a jalar de la soga con todas sus fuerzas. No le cuesta tanto esfuerzo al inicio, porque le sobra energía, y sonríe, pensando que la Tortuga no le va a dar pelea.

Entretanto, el Manatí sigue durmiendo. Su cuerpo ha empezado a deslizarse en el agua con un vaivén tan agradable que, en vez de sacarlo del sueño, lo adormece aún más. La Tortuga lleva su mirada de uno al otro, sin perder un detalle de la contienda.

El Jaguar Negro sigue jalando la soga sin gran dificultad, porque el dormilón no le hace resistencia, hasta el momento en que entra en contacto con la tierra de la orilla. Ahí es cuando comienzan los problemas, porque al no sentir la tibieza del agua, el Manatí despierta sobresaltado, abre los ojos y advierte que se encuentra fuera de la laguna.

No lo puede creer. Se pregunta cómo ha llegado allí y, al no tener una explicación razonable, se arroja al agua de inmediato, porque siente que una fuerza invisible pretende retenerlo. Es lo que esperaba la Tortuga para reír a carcajadas en su escondite de algas.

La situación cambia para el Jaguar Negro, porque el Manatí bucea desesperado para librarse de la fuerza descomunal que quiere llevárselo, sin entender por qué ni hacia dónde. El brusco tirón que da a la sogá toma por sorpresa al Jaguar Negro y lo arrastra un buen trecho, apartándolo de las raíces a las que estaba aferrado.

—¡Maldición! ¿De dónde saca fuerzas esta infeliz? —brama el Jaguar Negro y clava las zarpas en la tierra para resistir.

Es el mejor momento de la competencia, porque el Jaguar Negro despliega toda su fuerza en un extremo de la sogá para no dejarse jalar, y el Manatí hace lo mismo en el extremo opuesto con idéntico propósito.

El Jaguar Negro gana y pierde terreno sin poder explicarse qué está sucediendo. Y lo mismo le ocurre al Manatí, quien, debido a su volumen, su fuerza y destreza en el agua, va haciéndole perder sogá al adversario poco a poco.

El Jaguar Negro vuelve la cabeza con la lengua afuera para averiguar de dónde proviene esa fuerza desconocida que no le da tregua. Y solo consigue ver la mitad de la sogá que se hunde en el agua.

En poco tiempo, el Jaguar Negro se encuentra al borde de la laguna, donde recibe el último tirón que lo hace caer al agua. Es en ese momento en que recuerda que no sabe nadar y puede ahogarse. Ya no piensa en ganar la apuesta, sino en salvar su vida, porque la sogá tira y tira de él hacía el fondo de la laguna.

Traga agua a borbotones, y sabe que si no hace algo pronto, morirá ahogado. Así, saca la cabeza del agua y grita angustiado: —¡Basta, Tortuga, has ganado! ¡Ya no jales más, que me ahogo!

En ese momento, la Tortuga decide abandonar su escondite, sumergirse y bucear hasta el desconcertado Manatí.

—Amigo Manatí, el Jaguar Negro te ha amarrado para llevarte y comerte —le dice—. Pero yo no voy a permitirlo y te desataré ahora mismo.

Lo hace y, al sentirse libre, el Manatí agradece a la Tortuga por haberlo salvado de la muerte y retorna a su lecho de algas para seguir durmiendo. El Jaguar Negro advierte que ya nada lo jala al fondo, sale como puede de la laguna y se tumba en la orilla a devolver el agua que ha tragado.

Desde entonces data la gran amistad que el Manatí le profesa a la Tortuga, y el Jaguar Negro nunca más se acerca a la laguna para librarse de la burla de quienes presenciaron su humillación.

Cuentos populares

La joven y el príncipe

Cuento popular chino

Adaptación de Isabel Menéndez Ibárcena

(Lima, 1970)

Cuentan que hace muchísimos años, tantos que ya nadie lo recuerda, vivió en la China un emperador justo y generoso. Solo tuvo un hijo, el cual vivió toda su vida estudiando y preparándose para el que sería su destino: ser emperador.

El gran emperador cayó gravemente enfermo y murió. Todo el reino lo lloró, pero antes de abandonar este mundo le hizo prometer a su hijo que, sin importar lo que hiciera, siempre fuera honesto, justo y generoso.

En el palacio estaban realmente afligidos y tristes, pero debían reponerse; tenían mucho trabajo que hacer para el nombramiento del joven príncipe.

Lo que no habían tomado en cuenta era que este joven no estaba casado y, según las leyes del reino, el futuro emperador tenía que estar casado o no podría ser nombrado emperador. Esto trajo muchos problemas en palacio, y se debatieron leyes y normas para ver la mejor manera de coronar al joven príncipe. Pero no había forma de cambiar las leyes a menos que lo hiciera el propio emperador.

Todos en el palacio se preocuparon, hasta que el viejo más sabio de la corte dijo: —Lo que debemos hacer es muy sencillo, joven príncipe. Daremos una misión a todas las jóvenes que estén en edad de casarse, y aquella que la cumpla será su esposa y futura emperatriz de China.

El joven príncipe aceptó, pero con la condición de que él mismo diera la misión. Tenía que asegurarse de encontrar a una mujer adecuada para llevar tal cargo. Al cabo de unos días se dictó la cita, y el gran consejero real se paseó por todas las calles leyendo el edicto:

*Toda mujer joven que esté en edad de casarse
deberá acudir al palacio el primer viernes del mes.
El joven príncipe las estará esperando para darles
una misión, y aquella que la cumpla será su esposa
y futura emperatriz de China.*

Al enterarse de la noticia, las calles se convirtieron en una algarabía sin igual, pues cada una de las jóvenes del reino quería ser la nueva emperatriz de China.

Una anciana, que servía en el palacio desde hacía muchos años se enteró de la noticia. Aquella mujer tenía una hija que había estado enamorada del príncipe toda su vida. Cada vez que visitaba a su madre o iba al palacio, lo contemplaba en silencio, tratando de contener su corazón.

Al escuchar la noticia de labios de su madre, cayó en un estado de absoluto regocijo, pero su madre, que ya había vivido muchas cosas y pasado por un sin fin de problemas le dijo: —Hija mía, no te llenes de esperanza. A esa cita irán las

mujeres más hermosas de toda la región; irán las más ricas, con sus mejores trajes y joyas. ¿Estás segura de que quieres ir? Por favor, te ruego que no lo hagas —le dijo, tratando de evitarle una decepción.

—Mamá, lo siento, pero debo ir. Tengo tanto derecho como las otras. Es mi oportunidad de cumplir mis sueños.

Es así que llegado el día, la joven, con su mejor traje y arreglada con lo poco que tenía, acudió al palacio. Las puertas estaban abiertas. Era la primera vez que entraba por aquella puerta. Estaba radiante, feliz. Era su oportunidad; una oportunidad pequeña, pero una posibilidad al fin.

Cuando entró al gran salón, todas las doncellas voltearon a mirarla y comenzaron a burlarse de ella: —Pero miren nada más quién llegó. La hija de la sirvienta —dijo una.

—¿Cómo se atreve? —dijo una segunda.

—¡Qué desfachatez! —dijo una tercera.

La pobre joven no sabía qué hacer. Se contenía para no llorar. De pronto sonaron los tambores anunciando la llegada del príncipe, e ingresó al gran salón. Ahí estaba, gallardo, elegante, caminando lentamente y observando a las jóvenes.

Cuando llegó a la mitad del salón, se detuvo y dijo: —A cada una de ustedes se les entregará una semilla. Aquella que me traiga dentro de seis meses la flor más hermosa que crezca de ella, será mi esposa y la futura emperatriz de China.

Dicho esto, el joven volvió a mirar a todas, dio media vuelta y dejó la habitación. Todas las jóvenes recibieron las semillas; solo se escuchaban gritos de alegría y burlas hacia la joven hija de la sirvienta.

Cuando la muchacha recibió la semilla, salió corriendo loca de alegría, pero lo único malo era que no sabía nada de cómo hacer para que las plantas crecieran. Así, se dirigió al mercado, al puesto del jardinero. Seguro él podría enseñarle.

Efectivamente, el jardinero le explicó cómo preparar la tierra, sembrar la semilla, regarla y le dijo todo lo que debía saber para que la planta creciera fuerte y tuviera la flor más linda de todas. Pero antes de marcharse le dio su secreto: —Recuerda que las plantas sienten, y les gusta la música. Cántale, y seguro que ella te escuchará y crecerá hermosa.

Después de agradecerle, la joven partió hacia su casa con todo lo que le había dado el jardinero. Mezcló la tierra, la puso en una maceta, hizo un hueco en el centro, sembró la semilla, la regó y la colocó en la ventana para que los rayos del sol la calentasen. Pero antes de irse a dormir le cantó:

Crece plantita, crece por favor,
quiero estar muy cerca de mi amor.

Todas las mañanas le hablaba a su semilla y le contaba cuánto amaba al príncipe; desde hacía cuanto tiempo. Le decía que tal vez no lograría cumplir su sueño, pero que nada perdía con intentarlo. Cada mañana le cantaba; cada tarde, cada noche.

Los días se convirtieron en semanas, y pronto apareció el pequeño brote, y la joven se puso muy contenta, pues estaba segura de que tendría la flor más linda de todas, por lo que le seguía cantando:

Crece plantita, crece por favor,
quiero estar muy cerca de mi amor.

Ya habían pasado tres meses; la planta estaba fuerte, muy verde y realmente hermosa, pero no encontraba ni un solo rastro de la flor. “No importa” se decía la joven. “Faltan tres meses más. Ya saldrá”.

Pasaron cuatro meses, cuatro meses y medio, cinco meses, la planta seguía creciendo pero no le salía la flor. La joven no perdía las esperanzas; “seguro mañana”, se decía. Pero cuando llegaba esa mañana, la flor no brotaba.

Llegó el último día del quinto mes y la joven tomó la planta en sus manos y le cantó con todo el amor que a alguien le puede salir del corazón:

Crece plantita, crece por favor,
quiero estar muy cerca de mi amor.

Pero se fue a dormir con un nudo en la garganta. Al despertar corrió hasta su planta, y grande fue su sorpresa. Grande y triste, porque no había ni un solo capullo. Las lágrimas comenzaron a brotar y a caer sin poder controlarlas.

Ansió tanto que la planta le diera una flor, porque lo que más deseaba en el mundo era estar cerca de su amor.



Su madre no le dijo nada; solo la abrazó muy fuerte y la acompañó. Era justo lo que quería evitarle: un dolor tan grande que rompiera su corazón. Pero las madres no pueden evitarlo todo, y también deben dejar que los hijos aprendan. Y, a veces, la única manera de que lo hagan, es esa.

La joven se secó las lágrimas y dijo: —Iré al palacio con mi planta y esa será mi despedida. Nunca más volveré ahí y trataré de olvidar al joven príncipe.

Nuevamente se alistó, tomó su planta y salió hacia el palacio. Entró por aquella puerta enorme, caminó por esos pasillos largos e ingresó al salón principal. Al mirar alrededor, todas las jóvenes tenían las plantas con flores maravillosas: geranios, jazmines, orquídeas, flores de loto, nenúfares, margaritas... y todos los tipos de flores hermosas que uno podría imaginar.

Cuando vieron la planta de la joven, se echaron a reír. Las risas y burlas llenaban el gran salón, y lo único que quería la joven era que la tierra se abriera y se la llevase lo más profundo que pudiera.

Triste, se paró en un rincón del gran salón, secándose las lágrimas, cuando de pronto sonaron los tambores. Entró el príncipe, impecable, galante y perfectamente vestido.

Caminó hasta el centro del gran salón. Miró a todas las jóvenes y a todas las plantas. Cuando terminó de observarlas, dijo: —Ya sé quién será mi esposa y la futura emperatriz de China: la elegida es la joven que tiene la planta sin flor.

En ese instante, todas las demás jóvenes comenzaron a gritar: —Pero si mi flor es la más linda —dijo una.

—¡Mentira, es la mía! ¡La tuya es horrible! —dijo la segunda.

—Dejen de comparar, que la elegida es esa mugrienta cuya planta no tiene flor. Ese no fue el pacto —dijo una tercera.

—¡Silencio! —gritó el príncipe—. He elegido a esa joven porque ha sido la única honesta. Yo a todas les di semillas de plantas estériles; semillas de plantas que no pueden tener flor, y la única que hizo crecer esa semilla fue aquella joven.

La muchacha casi se desmaya de la impresión y sus lágrimas de tristeza se transformaron en unas de alegría.

Pronto se celebró una gran boda, a la que acudió el pueblo entero. Ricos y pobres, todos celebraban. La fiesta fue hermosa y la joven sentía que el corazón le explotaría. El príncipe también estaba muy feliz. No lo decía, pero ella era lo que siempre había deseado: noble, justa y hermosa.

A los pocos días hubo otra ceremonia, la más importante de todas. Fue una ceremonia muy emotiva, en la que recordaron a su padre, el gran emperador, y todo su legado. Ahí, él fue nombrado emperador, y ella, emperatriz, y ambos gobernaron juntos muchos años. Dicen que gobernaron con mucho amor y mucha dedicación, pero sobre todo dicen que

gobernaron con tanta honestidad que hasta el día de hoy los gobernantes de China miran a su reinado con emoción y asombro.

Las ovejas fantasma

Mariella Chávez Rodríguez

(Lima, 1980)

En Cajamarca, provincia de Celendín, en el caserío de Meléndez, vivían mi papá y mi tío Manuel con sus padres y su hermana. En este pequeño caserío hasta hoy tan solo hay viviendas de adobe rodeadas de sembradíos y zonas de pastoreo; es de esos pueblos en los que el verde se extiende a la lejanía hasta confundirse con el azul del cielo.

Una madrugada, cuando mi papá y mi tío aún era adolescentes, fueron despertados por mi abuelo, pues su caballo se había escapado. Humildes como siempre fueron, no podían permitir que ninguno de los animales se extraviara. Así que mi papá y mi tío salieron al campo a buscar al caballo por todo el caserío y las tierras aledañas en una madrugada sin luna, en la que no se veía más allá de algunos metros de distancia.

Recorrieron los sembradíos vecinos, buscando en grandes extensiones de terreno sin dar con el caballo, así que decidieron cambiar de dirección e ir hacia la majada, que era una zona de pastoreo a la cual iban varios animales. Tomaron el camino, ya bastante cansados y con frío, tratando de apresurar el paso; cuando de repente escucharon ruidos como si detrás de ellos viniera corriendo un rebaño de ovejas. Escucharon



los balidos agitados y las pezuñas de los animales al golpear la tierra. Voltearon, extrañados de que los animales de algún vecino estuvieran sueltos tan de madrugada, pero al mirar no vieron nada en los alrededores del camino.

Siguieron avanzando, un poco asustados por lo sucedido, hasta que un rato después volvieron a oír el mismo ruido del rebaño de ovejas tras ellos. Esta vez voltearon rápidamente para descubrir dónde estaban estos animales que en tropel los perseguían, y otra vez nada; tan solo el camino solitario y el silencio de la noche. Ante esto, decidieron avanzar rápido hacia la majada para tratar de encontrar al caballo y retornar a casa.

Durante el camino, pasaron al costado de un ojo de agua y escucharon una vez más al rebaño muy cerca; el mismo ruido de ovejas acercándose. Voltearon de nuevo; en parte curiosos y en parte temerosos de lo que estaba pasando, y al girar hacia el charco vieron que saltaba el agua, como si algo grande y pesado se hubiera lanzado rápidamente, a la vez que seguían escuchando los balidos de las ovejas y el ruido de las pezuñas chapaleando.

Mi padre, dominado por la curiosidad más que por el miedo, decidió acercarse para ver por fin qué era lo que estaba pasando; el agua era poco profunda y al acercarse, vio que seguía salpicando, pero nunca pudo descubrir qué es lo que había entrado. Decidió incluso meterse un poco al ojo de agua, pero no había oveja alguna ni nada parecido.

Frente a esta inexplicable situación, optaron por abandonar la búsqueda del caballo y volver a casa, al romper del alba.

Cuando llegaron, encontraron al caballo que había vuelto al corral y nunca supieron explicarse qué les había pasado en esa extraña noche.

Chávez Rodríguez, M. (2013). Las ovejas fantasmas. En Zapata Innocenzi, J. (comp.), *Relatos mágicos del Perú 2*. Lima: Malabares.

El oso y las pitajayas

Carlos Garayar y Jéssica Rodríguez

(Lima, 1949 y 1972)

Eran las dos mozas más lindas de Tauca y amigas desde niñas. El pastor les había dicho que las pitajayas ya amarillaban, de modo que el domingo, aprovechando el buen tiempo, Alcira y Diamela, cada una con una canastita, salieron temprano rumbo al pastizal. También les había advertido que tuvieran cuidado con los pumas y los osos, sobre todo con estos últimos, que, se decía, raptaban a las muchachas bonitas. Pero ellas no se preocuparon: hacía muchos años que nadie había visto a uno de estos animales por los alrededores.

Llegaron a la pequeña pampa poblada de hierbas, cactus y arbustos. Las pitajayas, en efecto, estaban en su punto. Cogieron algunas, cuidando de no pincharse con las espinas, y se sentaron a comerlas. Después de charlar un buen rato, empezaron a llenar sus canastas. Entonces advirtieron que cada cierto trecho había unos montoncitos de esos frutos dorados. Alguien había escogido cuidadosamente los mejores. ¿Quién? Quizás el pastor, como una gentileza hacia ellas.

Divertidas, recogieron las pitajayas y siguieron avanzando por el pastizal. De pronto, detrás de un arbusto, notaron un bulto oscuro. Trataron de retroceder, pero era tarde.



Un oso se abalanzaba sobre ellas. Diamela logró huir cuesta abajo y consiguió salvarse. Alcira, sin embargo, cuando oyó los rugidos junto a ella, cerró los ojos.

Cuando los abrió, el oso la miraba embelesado. Tomándola suavemente en sus brazos, la levantó y empezó el ascenso. La muchacha logró dominar su terror, mientras el oso la llevaba a una gran cueva que cerró con una pesada roca.

Todo el pueblo buscó a Alcira durante mucho tiempo, pero terminaron por resignarse. El oso seguramente la había devorado y jamás se encontrarían sus restos. En el aniversario de su desaparición, sus padres elevaban una oración por ella, y sus amigos la recordaban con tristeza.

Entretanto, Alcira vivía con el oso. Este se mostraba gentil y hasta amoroso. Traía para la muchacha carne y diversos frutos que recolectaba con diligencia. Tantas atenciones terminaron por despertar la ternura de Alcira. El oso disfrutaba viéndola preparar sus alimentos y comérselos; a veces la sacaba a dar un paseo por los alrededores de la cueva o a bañarse en una laguna, pero siempre vigilándola de cerca. Alcira casi podía leer en los ojos de la bestia la felicidad de vivir acompañado y también el temor de volver a quedarse solo.

Con el tiempo, nació un hijo. La felicidad del oso aumentó. Jugaba con el pequeño, que tenía más parecido a su madre, pero había heredado el vigor del padre. Alcira le puso el nombre de Juan, pero el niño también respondía a los gruñidos de su progenitor. Alcira, cautivada con su criatura, parecía

haber olvidado a sus padres y hermanos. El oso, sin embargo, seguía tomando la precaución, cada vez que los dejaba en la cueva, de taponar la entrada con la enorme roca que Alcira había tratado, infructuosamente, de mover muchas veces.

Pasaron diez años. Juan estaba cada día más fuerte y su madre se ponía cada vez más triste. El muchacho la veía llorar con frecuencia, y la oía murmurar en sueños los nombres de los que le había contado que eran sus abuelos.

Un día, Alcira le pidió ayuda para mover la piedra. Él accedió, y apelando a todas sus fuerzas logró apartarla lo suficiente como para deslizarse a rastras hacia el exterior. El oso había partido a recolectar pitajayas. La madre y el hijo se dirigieron por parajes que sabían que el oso no solía recorrer y, dando un gran rodeo, llegaron al pueblo al atardecer.

La gente no podía creer lo que veía. Era como si Alcira hubiese regresado de la muerte. Aunque conservaba rastros de su antigua belleza, la vida ruda que había llevado le marcaba el rostro. La alegría del reencuentro no pudo ocultar la tristeza de los años perdidos ni la extrañeza por la figura de Juan, peludo y fuerte como un oso, pero tímido y juguetón como cualquier niño.

Esa noche, los habitantes del pueblo oyeron a lo lejos largos bramidos de dolor y soledad. Alcira y su hijo también lloraron de pena, pero la decisión estaba tomada: permanecerían en la civilización, dispuestos a una nueva vida. Juan fue enviado a la escuela, mientras Alcira ayudaba en la casa de los abuelos. Pronto volvió a desempeñarse como tejedora, pero por supuesto que nunca quiso volver a salir al campo.

Juan Oso, peludo como su padre, trató de integrarse al pueblo. Aunque tenía buen carácter, los niños, e incluso los adultos, empezaron a verlo como un peligro. Su fuerza descomunal le jugaba malas pasadas. Al tratar de sujetar el brazo de un compañerito, se lo rompió; casi fracturó la mano del profesor al estrechársela. Los reclamos a su madre se sucedieron, y ella optó por retirarlo de la escuela. Algunos, sin embargo, no se contentaron con eso y buscaron eliminarlo.

Uno de sus vecinos ideó un plan. Un puma había estado haciendo estragos entre el ganado, y el vecino convenció a Juan Oso de ir a matarlo, esperando que no retornara de la misión. Pero Juan mató al puma y regresó con él al hombro. Desde entonces, el pueblo le encargó tareas para las que se necesitaba gran fuerza o valor, y él siempre volvía airoso.

Con el tiempo, Juan Oso se convirtió en un ser útil para la comunidad, y su bondad era recompensada con saludos y sonrisas, aunque por precaución no se le acercaban mucho, no fuese a ser que involuntariamente les causara daño. Así, cuando murió a la edad en que mueren los osos, muchos lo lloraron y su recuerdo todavía sobrevuela el valle y los pueblos aledaños.

Garayar, C. y Rodríguez, J. (2016). *El oso y las pitajayas. Memorias del aire, el agua y el fuego. Mitos y leyendas del Perú*. Lima: Panamericana.

El guardián de Machu Picchu

Juan y Víctor Ataucuri

(Callao, 1957)

El viejo haravicu acomodó su traje y se ubicó en el centro de la sala. Sonrió. Miró a su alrededor con ojos inquisidores, hasta que se detuvieron en la amplia ventana por donde entraba la luz resplandeciente del mediodía. Mirando fijamente afuera, su voz empezó a salir de su garganta a manera del rugir de un trueno cuando anuncia la tormenta; primero lejana y solitaria, y después, entrada la tempestad, imponente e imposible de ignorarla:

—Eran tiempos en que los ayllus de estas comarcas vivían en caos. Los clanes luchaban por someterse unos a los otros; eran tiempos en que nadie imaginaba que existiría alguna vez nuestro poderoso Tahuantinsuyo que ha puesto orden a todo. Los continuos conflictos habían adiestrado a los hombres en la habilidad de luchar, y por eso nació una casta de guerreros que siempre encontraban con quien medirse en sangrientas batallas.

Cuenta la leyenda que Ninacóndor era uno de esos guerreros: fuerte, valiente y hermoso; envidiado por los hombres y amado por las mujeres. Sus incontables victorias le habían dado fama de invencible y parecía ser feliz; pero en realidad no era así. Teniendo a todas las mujeres a sus pies,

y el respeto de todos los hombres, se había enamorado de una mujer imposible: la diosa Mamaquilla, la luna; esposa del dios Inti.

En las noches, el joven levantaba la vista y la veía pasar, inalcanzable y esplendorosa, sobre el oscuro manto del cielo. Cuando era creciente o menguante, entornaba los ojos para verla de ladito, luciendo como una uña de plata. Luego se rendía triste cuando la Mamaquilla desaparecía por completo y la oscuridad lo cubría todo; tal como la muerte cuando cubre el campo después de la batalla. Entonces Ninacóndor se ponía a cantar dolidas tonadas.

Cierta vez, un viejo apu le preguntó al solitario guerrero el porqué de su tristeza, y Ninacóndor le respondió: —¡Ay, señor! Mi corazón palpita afligido porque esta noche la Mamaquilla se ha ocultado.

—Pero noble guerrero, dentro de un par de noches la volverás a ver en el cielo, abriendo poco a poco su destellante sonrisa hasta mostrar todo su hermoso rostro —replicó el apu.

—¡Dile eso a mi alma, que se desespera cuando no está! Esas noches, cuando no la veo, son terribles para mí —añadió Ninacóndor—. ¡Ay!, si pudiera saber dónde se oculta...

Entonces el apu con voz queda le confió: —Yo sé dónde descansa cuando no sale a recorrer el firmamento.

—¿Sí? ¿Y puedes decírmelo? ¡Pronto, que la agonía me ahoga cada vez más!

—Eres un soldado poderoso... y si obligas a todos tus enemigos vencidos a que me rindan honores, te lo diré.

—Mis brazos y mi porra están a tu servicio desde hoy.

Entonces Ninacóndor hizo lo que le pidió el apu. A cada adversario que vencía en formidables combates, lo obligaba a dar un tributo al viejo apu; y este, una vez saciada su sed de endiosamiento, cumplió el trato y le señaló el sitio donde solía descansar la Mamaquilla.

Era un lugar donde el padre Inti había construido un hermoso y cerrado paraíso para su esposa; un paraíso difícil de encontrar y más difícil aún para ingresar, porque un profundo río lo rodeaba, cortando a tajo las rocas, y convirtiéndolas en una muralla de granito, lo que hacía imposible pasar excepto por una entrada escondida tras una escabrosa vegetación y vigilada por animales peligrosos.

Pero ello no amilanó al guerrero, y este partió hacia donde la espesura de la ceja de selva era un laberinto enmarañado, lleno de animales ponzoñosos, sus feroces habitantes. Después de dos días de abruptos caminos, sorteando cerros, profundos cañones y empinadas pendientes, por fin Ninacóndor llegó al sitio secreto. Efectivamente, era un lugar sobrecogedor; el río entraba y salía por un mismo sitio, creando un anillo protector alrededor de una vieja montaña en cuya cresta acostumbraba posarse la Luna.

Ninacóndor subió a lo alto de la vieja montaña o Machu Picchu; se ocultó detrás de unos peñascos y esperó largas

horas hasta que apareció la Mamaquilla. La hermosa diosa no se dio cuenta de que la observaban, y se echó a dormir sobre los blandos matorrales. Ninacóndor, ebrio de amor, se acercó para verla de cerca. Era bellísima; blanca como los nevados, e irradiaba una luz plateada que iluminaba todo a su alrededor.

El guerrero no pudo contenerse y se acercó más de lo que le había aconsejado el apu. La magnificencia de la Mamaquilla lo invitaba a robarle un beso, y en un rapto de locura, Ninacóndor la besó furtivamente en la mejilla. La diosa despertó asustada; su piel nunca había sido tocada por mortal alguno, y ese beso había manchado su rostro immaculado. Dando un salto, huyó hacia el firmamento para nunca volver a pisar la tierra.

El joven guerrero quedó pasmado; jamás imaginó que un simple beso pudiera asustar así a su amada. Era consciente de que había cometido un gravísimo error y que nunca más la volvería a ver tan cerca como la había tenido.

La Mamaquilla, con el rostro manchado, así como la vemos ahora cuando la admiramos en el cielo, se presentó ante su esposo y no pudo negar que había sido afrentada por un mortal. El dios Inti montó en cólera, y raudo, salió a castigar al desgraciado joven.

La suerte del guerrero estaba echada; el colosal dios lo encontró y lo retó a una lucha desigual sobre el mismo terreno donde había sucedido la profanación. Ninacóndor aceptó su destino pero pidió un plazo para despedirse de su madre, de su ayllu y de su tierra:

—Déjame siete días; luego volveré ataviado con mis mejores vestidos para enfrentarte como es debido. Si voy a morir, que sea como un guerrero digno de ser tu contendiente.

Y así lo hizo. Cumplido el plazo, el joven regresó a donde lo esperaba el dios, engalanado con su reluciente traje de oro. La lucha fue desigual; a los poderosos golpes del Inti, el guerrero respondía con rápidas maniobras defensivas. A veces conseguía contratacar, pero él sabía que sus golpes no podrían dañar al dios. Pasaban las horas y la pelea seguía con el mismo tenor: el Inti atacando incansable y furioso, y el noble guerrero aguantando los golpazos a pie firme. Su escudo ya era un guiñapo, y su porra, una astilla. Su lucha era por no doblarse, por no entregarse fácilmente. Como digno guerrero, sabía que mientras más pelea le daba al dios, más honrosa sería su inevitable derrota.

Lucharon hasta que un certero golpe le dobló las rodillas y cayó. Estaba sangrando, y sentía que ya no podía levantarse. Pero viendo al dios elevar su enorme maza para ultimarle, gritó con todas sus fuerzas: —¡Espera! ¡Todavía no!

El Inti creyó que su rival estaba por pedir clemencia. —¡No eres más que un simple mortal! ¡Cobarde ante la muerte, como todos! ¿Al final terminas pidiendo compasión?

—¡No es piedad lo que pido, sino el honor de morir de pie!

El dios se sorprendió; nadie le había pedido nunca algo así.



—Está bien, pero no esperaré más de un suspiro; si no, te mato aquí mismo, en el suelo.

El guerrero estaba herido mortalmente, pero venciendo el dolor que cruzaba sus costillas, empezó a forzar a sus piernas para que lo soporten. Vacilaban sus pies y sus manos, que en vez de ayudar al esfuerzo, colgaban sin aliento. Con la respiración agitada, hizo un supremo esfuerzo y logró ponerse de pie a medias. Parecía que iba a caer nuevamente, pero logró erguirse por completo. Alzó la cabeza y, mirando fijamente al poderoso dios, exclamó: —¡Ahora sí, puedes terminar! —dijo, agónico.

El extraordinario esfuerzo y la valentía de Ninacóndor tenían pasmado al dios. Dudó entre darle el golpe mortal o esperar que cayera solo. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro; sino, arrojando su garrote al suelo, lo sostuvo con uno de sus poderosos brazos.

—Eres un gran guerrero. ¡No mereces morir así!, pero tu osadía de besar a mi esposa no me permite perdonarte. No podrás regresar con los tuyos. En cambio, te daré una misión eterna: serás convertido en un apu que cuidará de este lugar, que desde hoy será sagrado.

Y en efecto, el noble Ninacóndor se quedó para siempre en ese recóndito paraje. Dicen que fue transformado en una recia y joven montaña, el Huayna Picchu, erguida frente a la vieja montaña, y que el perfil de su varonil rostro quedó esculpido en la cumbre para perennizarlo por siempre. Solo los ojos perspicaces pueden observarlo a determinada hora del día, y cuando el dios Inti lo permite.

Cuando el viejo haravicu terminó, todos quedaron pensativos. ¿Qué lugar era ese? ¿Cómo buscar guiándose solo por lo que dice una leyenda? Con los ojos fijos en el piso, algunos parecían estar meditando; otros miraban las ventanas como si a través de ellas pudieran atisbar ese paraje misterioso.

Pachacútec también había quedado en silencio; esa historia le recordaba su juventud, cuando su padre Viracocha le decía que el lugar secreto de la leyenda quedaba posiblemente en algún sitio al noreste del Qosqo, y que ciertos aldeanos creían haberlo visto.

Desde esos tiempos, Pachacútec tuvo la espina clavada en el alma; tenía que hallar ese lugar sagrado y construir allí una ciudad especial, muy bella, que dejara boquiabiertas a todas las panacas reales y al Tahuantinsuyo entero, y que sobre todo, que esa fuera su eterna tumba.

ÍNDICE

Fábulas

Julio Cabrejos

El chanchito del diente de oro 7

Roberto Rosario Vidal

El asháninca que atrapó una estrella 17

Roberto Reyes Tarazona

La tormenta 21

Luis Urteaga Cabrera

El más fuerte del bosque 29

Cuentos populares

Isabel Menéndez Ibárcena

La joven y el príncipe 39

Mariella Chávez Rodríguez

Las ovejas fantasma 49

Carlos Garayar y Jéssica Rodríguez

El oso y las pitajayas 53

Juan y Víctor Ataucuri

El guardián de Machu Picchu 59

Colección Lima Lee

Historias en torno a nuestra ciudad

1. *Déjame que te cuente I*
2. *Déjame que te cuente II*
3. *Crónicas destapadas*
4. *Voces limenses*
5. *Tránsito poético*

Historias infantiles

6. *Dibujando historias*
7. *Palabras del viento*
8. *Versos inquietos*
9. *Telón de arcoíris*
10. *Cuéntame tus sueños*



Y en efecto, el noble Ninacóndor se quedó para siempre en ese recóndito paraje. Dicen que fue transformado en una recia y joven montaña, el Huayna Picchu, erguida frente a la vieja montaña, y que el perfil de su varonil rostro quedó esculpido en la cumbre para perennizarlo por siempre.

Juan y Víctor Ataucuri

